

CAPITULO VII

LOS VENADOS EN AMÉRICA Y EL JAPÓN



En otro lado de los mares, y en los intrincados bosques que accidentan y embellecen el continente americano, existe una especie de ciervo muy propagada en la parte norte de los Estados Unidos; venado cuya forma es semejante á la del gamo de Europa, con la diferencia de que el cuello es más grueso, menor el tamaño del cuerpo, y los cuernos, en vez de tenerlos de punta sobre el cráneo, le nacen inclinados hácia adelante como los de los toros, lo cual hace que sea un animal muy temible cuando se defiende.

La carne del *venado de Virginia*, que así se llama, es un manjar exquisito para los americanos, pues no sólo es tierna y sabrosa, sino que se digiere con mucha facilidad. Esto explica, sin duda, la guerra extermina-

dora y continua que se ha hecho á este precioso animal, convertido en el primer elemento de la alimentación de las gentes.

A principios del presente siglo se encontraban manadas numerosísimas en todo el territorio norte-americano, comprendido desde el Canadá hasta Méjico y el istmo de Panamá: hoy ha disminuído tanto la especie, que sólo se ve en las comarcas no roturadas todavía, donde no ha impreso su huella la planta ni la mano sanguinaria del hombre.

Hace veinte años había ciervos de Virginia en muchos estados de la Unión, bajando á beber agua á las orillas del mismo río Delaware, donde se mira la populosa Filadelfia; pero los naturales del país persiguieron de tal suerte á estos pobres cuadrúpedos, que los que escaparon con vida fueron á refugiarse en lo más recóndito de los condados de Vestel y de Hamilton.

Los venados de Virginia que se venden en los mercados americanos son producto de la caza de los pieles rojas, que, emboscados en las orillas de los ríos y de los lagos, aguardan el momento en que los animales van á beber para hacer en ellos tremenda carnicería.

Los legisladores de la gran República hacen todo lo que pueden para evitar la desaparición de la raza, imponiendo severos castigos á los dañadores; pero á pe-

sar de tales esfuerzos no podrán alcanzar su laudable objeto. Mientras haya indios aborígenes habrá caza furtiva, y mientras la carne del ciervo se pague á tan alto precio no se cerrará la puerta á los deseos inmoderados del lucro.

En América se cazan venados al aguardo, que es el sistema más destructor; á la carrera, poco peligroso para los animales perseguidos, porque las jaurías americanas son bastante inferiores á las de Europa; y por medio del fuego, que es lo que llaman en el país *the fire light hunt, sport* muy cultivado entre la gente de buen tono.

La caza al aguardo en los Estados Unidos se convierte en una ocupación constante, casi en un oficio para los hombres que residen en las fronteras y que están dotados de toda la agilidad, de toda la paciencia y de toda la resistencia física que exigen esas lejanas correrías á través del país desierto que los venados han escogido como su último baluarte. El equipo del cazador americano consiste en una blusa de piel de gamo curtida, un pantalón ceñido de la misma piel, abotonado junto al tobillo; unos zapatos de tres suelas y un cinturón donde lleva colgado un cuerno de búfalo con la pólvora; una bolsa con las balas, y un cuchillo de monte. Va cubierto con una gorra de piel de rata, cuyo rabo cae hacia atrás á guisa de borla; lo cual, unido á la barba, da al hombre un aspecto inculto, muy parecido al de Robinsón en su isla desierta.

El cazador americano es diestro en la puntería y rara vez deja de acertar el tiro, lanzándose luego como un desenfundado sobre la res para despojarla de la piel, de la cabeza y de los jamones, únicas cosas que aprovecha, dejando el resto, como festín, á las aves de rapiña.

Durante los calores del estío, dirigen sus pasos los cazadores á la sombra de las selvas; en la primavera requieren su presa en las márgenes de los ríos, donde los venados se meten hasta el pescuezo para evitar las picaduras incesantes de los mosquitos; y en el invierno van á los claros del bosque, en que el musgo y las plantas trepadoras enlazan la corteza de los grandes árboles, porque allí acuden las reses en busca de la comida.

Algunos, aunque pocos, atraen á los animales imitando la brama de la cierva, y otros lo hacen con bastante éxito paseando en la punta de un palo la cabeza del venado, á la rasante de las hierbas que tapizan aquellas fértiles praderas, acudiendo los corzos inocentes hasta ponerse á tiro del rifle, que es el arma del país.

La caza á la carrera no difiere de la que en Europa se practica; pero la especialísima es la que se hace por medio del fuego en Texas, en Nuevo-Méjico y en toda la extensión territorial de los Estados Unidos.

Cuando los americanos quieren procurarse la delicia de matar muchos venados, por la noche se proveen de cierta cantidad de piñas, despojadas del fruto, y que, como es sabido, contienen mucha sustancia resinosa, y de unas cazuelas enormes de barro cocido que llevan los negros al lugar prefijado en el interior del bosque, que es por lo común un claro espacioso donde puedan tirarse las reses con comodidad. Una vez encendido el fuego, y puesto cada cual en su sitio, la llama ilumina los objetos más próximos, mientras que los lejanos permanecen ocultos en la densidad de las tinieblas.

A los pocos minutos aparecen dos puntos brillantes: son los ojos del venado, del corzo ó de la cierva, que, impelidos por la curiosidad, se aproximan sin recelo á la blanca luz que despide el foco luminoso. El chisporroteo de las piñas parece que les divierte, porque van acercándose insensiblemente, hasta que suena un tiro y cae el herido revolviéndose en las convulsiones de la agonía. Los demás huyen por lo pronto, pero no tardan en volver; y hay noches que pueden matarse hasta ocho ó diez venados, cuidando siempre de no hacer ruido y de que no falten piñas en la cazuela para que el fuego conserve una misma intensidad.

Los negros cargan con las reses muertas, cuya carne adoban en las plantaciones inmediatas, celebrándose con bromas y algazara un alegre almuerzo entre los nocturnos cazadores y los rancheros del país, nunca tan animados como cuando pueden mezclar la carne succulenta del ciervo de Virginia y el jugo licoroso que dió al traste con toda la seriedad y la reconocida importancia del patriarca Noé.

II

Así como el cielo tiene sus nubes, el tiempo sus revoluciones y los mares sus tormentas, así también la vida animal tiene periodos en que se enciende la llama del deseo, y en que el soplo generador y divino del amor inunda toda la existencia de los seres, enardeciendo sus pasiones y obligándoles por el deleite de la sensualidad á cumplir con la ley más inmutable de la naturaleza.



La caza de fuerza del venado